



## CONGREGATIO PRO CLERICIS

### SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR – NOCHE

**Citas:**

**Is 9,1-6:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9absn0i.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9absn0i.htm)

**Tit 2,11-14:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9araqeb.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9araqeb.htm)

**Lc 2,1-14:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abt5wb.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abt5wb.htm)

En esta Noche Santa, el silencio cede el lugar al silencio. El silencio de la espera cede el lugar al silencio de la maravilla. La espera, que ha ido creciendo con la oración y la invocación, florece ahora en la maravilla de la contemplación. El deseo, alimentado por el anuncio de la promesa y confirmado por los signos que la acompañaban, florece ahora en el estupor.

El silencio, en el cual el corazón trataba fatigosamente de distinguir las voces del mundo de la voz de Dios, el silencio, en el cual el hombre esperaba una palabra de salvación, ahora es llenado dulcemente, iluminado, abrigado por una inesperada, inagotable e inconcebible Presencia.

Inesperada porque supera cualquier espera; inagotable, porque la vida entera no alcanzaría para ahogar esta maravilla; inconcebible, porque no procede del hombre, sino de Dios; no es fruto del convencimiento y del proyecto humano, sino de la divina libertad, del Amor mismo, es decir, que obra, que renueva, que crea.

Y Presencia, porque “un Niño ha nacido para nosotros, un Hijo se nos ha dado” (Is 9,5). Descansa entre los brazos de la Madre, estrechado en su regazo, mientras llena el Universo y alcanza, en lo íntimo, todo el núcleo de nuestro ser, toda nuestra vida.

Por esta inesperada presencia suya, por esta inimaginable, concretísima Belleza, cada uno es dulcemente atraído por el estupor que, en la paz de Belén, inunda el corazón y le da calor.

En este Misterio, estrechado entre los brazos de Santísima Virgen, envuelto en pañales y calentado por el aliento de aquellos animales que Él mismo había creado, está contenida toda la escandalosa pretensión del Cristianismo: el Eterno, el Impasible, Aquel que es desde siempre y al que los Cielos no pueden contener, Aquel que era antes que el mundo fuera creado y que ha dado el ser, la vida y forma a todas las cosas, Aquel que –como dice San Agustín- nos ha hecho para Él de tal manera que nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Él, el Inmenso Dios se hace presente en un punto del cosmos y de la historia: en Palestina, bajo el imperio del César Augusto, ha tomado nuestra carne. Se ha hecho presente a través de una naturaleza humana bien determinada, aquella Humanidad santa e inmaculada que María Santísima le ha “tejido” en su seno.

Entrando en el mundo, Cristo Jesús no perturba las estructuras, no revoluciona la sociedad, ni extirpa el mal, sino que viene a habitar en sus concretas coordenadas históricas y políticas. Haciéndose Hombre, Cristo ha tomado sobre sí nuestra condición humana, exponiéndose enseguida al rechazo y a la maldad del hombre: “Lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada” (*Lc 2,7*).

Pero, desde el primer instante, comienza también la lenta transformación del mundo que es atraído por el pesebre de Belén: allí, en el Niño envuelto en pañales, encontramos la mirada de María que adora... San José le presta a Él toda la atención, a ese Niño concebido por obra del Espíritu Santo y que, ahora, es confiado a sus cuidados paternos. A Él se acercan tímidamente, maravillados, los pastores que los Ángeles llamaron. A Él le canta Gloria toda la corte angélica.

La Iglesia nos lleva también, a nosotros, a fijar nuestra mirada en el Niño de Belén y a reconocer en su belleza la Belleza, en su candor la santidad, en esa humanidad, a Dios.

Y cuanto más se sumerge la mirada en el Misterio de Dios-Niño, tanto más caen las resistencias, cede el corazón, se abaja la soberbia, pierde significado la vanidad, adquiere sentido todo lo que hay de más puro y genuino, de más verdadero y bello.

Para permanecer en la orgullosa pretensión –la pretensión moderna de cerrar el mundo a la luz del Cielo, de procurarse por uno mismo la salvación y de decidir sobre la naturaleza y sobre la misma vida humana- el hombre sólo tiene una posibilidad: apartar la vista de ese Hecho, no mirar la Niño, vivir como si no hubiera nacido.

Pero nosotros queremos ver al Niño, fijar en Él nuestros corazones, no apartar más nuestro rostro del Suyo, y a cuantos nos pregunten adónde vamos, les responderemos como los pastores: “Vamos a Belén, a ver lo que el Señor nos ha comunicado” (*Lc 2,15*).

Aprendemos de ellos a estar delante del Niño; aprendemos de los santos, de los apóstoles, de San José, de María Santísima, a adorarlo.

En la Tradición del pesebre se cuenta de un pastorcito que, junto con los otros, llega a Belén pero sin nada para darle al Niño. Puesto delante de Él, cae de rodillas con los brazos abiertos, la boca entreabierta y la maravilla en sus ojos; y a cuantos le echan en cara que no ha traído nada al Rey de reyes, él no les contesta porque está absorto en la adoración. A este pastor, que llevaba a Belén su admiración, María Santísima le concedió la gracia de tener entre los brazos al Dios del Universo.

También nosotros adoramos al Niño, llevamos el silencio maravillado de nuestra oración, y recibimos de María a Aquel que nació por nosotros, a Aquel que naciendo dice al hombre: “Yo soy tuyo”; que antes de que el hombre pueda decir “por Ti, oh Cristo, yo he sido hecho”, dice: “Yo soy para ti”: el mismo Jesús que dentro de unos momentos se nos entregará a sí mismo sobre el altar diciendo: “Este es mi Cuerpo”. Amén.